

PROFESIÓN DE AMOR HUMANO

POR haber sido humano,
sencillamente humano,
apasionadamente humano,
irremediabilmente humano...
¿va a amarme menos Dios?

¿Me despreciará, acaso, Dios, si le digo
que no quiero ser divino,
si ello no lleva consigo
el ser plenamente humano?

¿Comprenderá, al menos Él,
que ha sido ahondando en mi propia humanidad,
como he llegado a comprender
que lo humano forma parte sustancial
del más gozoso proyecto de la vida cósmica?

¿Qué cielo puede existir para mí
que no esté poblado de la hermosura humana,
de esa armonía proporcionada de los miembros
que elevan el cuerpo a catedral del entusiasmo?
¿Qué gloria podrá adueñarse de mi corazón,
si la ternura no es el fruto abundante y maduro
de las campiñas de la eternidad?

Cuando aterrice en las playas del Dios Amante,
el que todo lo hizo con amor y para el amor,
¿podrá echarme en cara
mi desmayo total ante los hermosos cuerpos,
cuya desnudez suponía para mí evocación de lo divino;
mi intuición de infinito
atisbando el trasfondo misterioso
de las dulces miradas;
el temblor, casi cósmico,
de mis dedos surcando, palmo a palmo,
abismos de delicias;
y ese saber que hay algo
que es más que carne y sangre,
más que flor pasajera de exultante presencia?

Apasionadamente humano, supe
no asegurar la vida buscando mi refugio, cuando
miles de vidas hermanas, en naufragio,
desahuciadas se vieron del calor de los vivos.
¡Y cuántas cicatrices de muerte no se cuentan

en el mapa curtido de mi rodado corazón!

¡Cuántos, no, los estigmas en mi alma arrancada,
al haber querido hacer mía cada triste existencia
truncada por la atroz injusticia
que hiere sin piedad a los más débiles!

No. No se me pedirá cuentas
por haber sido humano,
por haber sido débil,
por haber preferido
partir para mis búsquedas de gozo y de entusiasmo
del hecho de ser hombre, y de no poder serlo,
si no era en el apure de flores de fragancia
que el camino ofreciera, y cálices de llanto,
cuyo sabor amargo
me hizo claro el sentido más hondo
de mi ser hombre entre los hombres.

Gocé de humanidades plagadas de armonía;
sufrí de lo inhumano que en el hombre
aún se encierra. Y amé toda la carne,
porque en toda se guarda pasión de un infinito,
ansias de libertad
que apuntan a los cielos de abrazos sin ruptura.
Amé toda la carne. En la mía, la de todos.
Y, en cada uno de todos, el triunfo, ya sereno
-éxtasis sin retorno-,
del amor entonando himnos de gratitud
sobre la muerte, vencida en su agujón
de ancestrales temores, cual si ella fuera dueña
de los sueños más vivos que el alma acrisolara.

¿Va a amarme menos Dios porque yo amara tanto,
que no supiera hacerlo
sin derribar barreras de convencionalismos,
sin abrir mis entrañas a añejas orfandades
para darles refugio en el calor vibrante
de un corazón que sólo vence su soledad
abrazando las de otros?

¿Y, cómo no traer, en este trance, a la memoria
a aquel que fue crucificado,
por haber sido tan Humano cuan Divino?
Aquel siempre cercano al desfavorecido.
Aquel que al poderoso denunció su inclemencia.
Aquel que se dejara lavar por la pureza
de manos pecadoras unguadas de ternura?

Por mi haber sido humano,
por mi haber sido débil,
y mi haber entregado al amor mi destino,

de cierto, nada puedo temer de aquel Dios Santo
que confió su Imagen al hombre peregrino:
al hombre que, en su sed, su sed inapagable
(sed de vida, de gracia, de libertad, de gozo),
logró cavar su pozo más hondo de aguas vivas:
aquellas que, hasta la vida eterna saltan,
y, a amor resucitado,
siempre convidan.

(¿Podría yo seguir creyendo en Dios,
si dejara de amar esta mi propia humanidad
en la que Él ha encerrado sus delicias?).